

NORAH, BIBLIOCLASTA



Miguel de Torre Borges

Escribí estos recuerdos incendiarios para sacármelos de encima. También para mostrar cómo los desdichados, patéticos, arbitrarios y queribles intelectuales, empujados por sus demonios o por sus ángeles, obran a veces tan irrazonablemente. Recordemos entonces los hechos de dos “donosos y grandes escrutinios” ocurridos en Buenos Aires.

Algún día después del 14 de enero de 1971 -aquel día había muerto mi padre- mi madre expurgó minuciosamente de comunistas, pornógrafos y escritores mediocres la inmensa biblioteca de su casa. Los libros de la pareja Sartre-de Beauvoir, de Henry Miller, de Moravia, de Neruda, de Alberti-María Teresa León, de Amorim, de Nabokov, de Asturias, de Christiane Rochefort, de Nicolás Guillén, de Freud, de Françoise Sagan, de Sábato, de Aragón, de Estela Canto, de Maiacovski terminaron en llamas. (De los mediocres no daré los nombres porque algunos todavía viven, varios eran novelistas argentinos, también había numerosos poetas.) Precisemos ahora que las llamas no *eran* las de una hoguera: era el fuego del quemador de basura de la casa, que llegó a taparse por la enorme cantidad de libros ahí arrojados...

El reciente remate en Christie's del manuscrito de mi tío de "El Sur" me hizo acordar que ella también había ejercido la bibliolitia en la casa de su hermano. Aproximadamente en 1975 —por iniciativa de mi madre—, varias pilas de libros, que estaban en un armario con puertitas en la parte de abajo de la biblioteca pintada de negro del living, fueron a parar al quemador de Maipú 994. Pero entonces no hubo motivos ideológicos o moralizadores o estilísticos; la acometida fue a bulto, porque eran libros que ya nunca se tocaban, el hueco era un "juntadero de polvo", y seguramente necesitaban el lugar para guardar otras cosas.

En ese hueco había muchos volúmenes en inglés y alemán, con las peculiares anotaciones de mi tío en las últimas páginas; estaban, recuerdo, entre unos cuantos libros dedicados a él por sus contemporáneos, *Papeles de Reciénvenido*, y, ¡ay! dos de los cuadernos cuadriculados ahora tan buscados con las hojas cubiertas por su diminuta caligrafía: ¡estoy seguro de recordar en una de ellas el manuscrito de "El general Quiroga va en coche al muere"! Fani, la mucama, se acordará de esa quema, ya que colaboró en el acarreo.

Para tratar de entender el porqué de aquellas ejecuciones -no para justificarlas- hay que saber que en nuestra casa había, invadiéndola como asfixiante trepadora, libros y colecciones de revistas por todos los rincones; que algunas de las bibliotecas tenían hasta doble fila de estantes; que, sin éxito, mi madre siempre había pedido le dieran al menos un estante para sus pocos libros (la mayoría franceses, encuadernados en media tela azul, con las iniciales N.B.T. en el lomo); que nunca había pisado una librería ni comprado un libro; que para ella en el mundo no había más de cincuenta libros merecedores de ser releídos; que sentía la fe de los primeros cristianos y que su anti-comunismo sólo era comparable con su hondo antiperonismo; que, en fin, toda su vida padeció saturación literaria y libresca.

Era sin embargo una gran lectora; leía y en especial releía constantemente, y, como su hermano, prefería decididamente lo inglés: Wells, Conan Doyle, Katherine Mansfield, Galsworthy, *Kim* de Kipling, Wilde, los cuentos del padre Brown, *Los papeles de Aspern* y *Otra vuelta de tuerca*, Dickens, *Drácula*, las hermanas Brontë, *Kangaroo* de Lawrence, los cuentos con fantasmas ingleses ("Mrs. Veal", "Carmilla"), Virginia Woolf, *The Lilac Fairy Book* de Andrew Lang...

Los hermanos también eran devotos de Eça de Queiroz, y con una de sus novelas se produjo una vez un equívoco muy divertido. Para una revista le preguntaron a mi madre cuáles libros se leían en su casa cuando eran chicos y ella, confundiendo los títulos, nombró *La Gloria de don Ramiro* en lugar de *La ilustre casa de Ramírez*. Cuando mi tío se enteró, le molestó muchísimo, ya que alguien podía pensar que en su casa se leían los libros de Larreta... pero a mi madre le gustaba *La Gloria de don Ramiro*.

Rara avis entre las argentinas de su posición, no leía exclusivamente en inglés y en francés sino que frecuentaba con deleite un buen número de novelas españolas: *El mayorazgo de Labraz* y *La ciudad de la niebla*, *Los pazos de Ulloa*, *Las cerezas del cementerio*, las *Sonatas de Valle-Inclán*; *La tía Tula*, *Fortunata y Jacinta*, *Los trabajos de Urbano y Simona* y *La caída de los limones*, *Memorias de Leticia Valle*, "El Hechizado" de Ayala... Incluso la poesía de España se colaba en su canon: Bécquer, Santa Teresa, Juan Ramón Jiménez, Antonio Machado (recitaba el "Retrato"), las *Coplas de Manrique*, los romances viejos...

Muy pocos escritores argentinos figuraron en su Panteón de Inmortales: Mármol con su *Amalia*, Mujica Lainez, Molinari, Silvina Ocampo, Mastronardi, Banchs, Mallea (lo leía con más abnegación que entusiasmo, porque años atrás le habían gustado los *Cuentos para una inglesa desesperada* y porque "era amigo de Guillermo"). Bioy Casares como escritor no la atraía pero admitía, eso sí, que *Adolfito* era buen mozo. De toda la obra de mi tío rescataba sólo algunos poemas, en particular aquellos sobre los antepasados; algunas líneas: *Junín son dos civiles que en una esquina maldicen a un tirano*. Y de haber existido aquel ideal y tan deseado estante, Bustos Domecq y Suárez Lynch jamás habrían entrado en él.

Pero para ella había dos libros que estaban muy por encima de todos: los Evangelios (de la Biblia leía sólo esa parte, porque las atrocidades relatadas en el Antiguo Testamento le disgustaban) y los veintitantos tomos de la *Suma Artis* de Pijoán, que hojeaba permanentemente...

Miguel de Torre Borges
Buenos Aires